

BESTSELLER INTERNACIONAL

WILBUR

SMITH

GRITO DE GUERRA



CON DAVID CHURCHILL



emecé grandes novelistas

Wilbur Smith
con David Churchill

Grito de guerra

Traducción de Julio Sierra



emecé
grandes novelistas

Habían pasado dos meses desde que se había declarado la guerra y el sol de otoño que brillaba en el claro cielo azul de Baviera era tan glorioso que parecía pedir a gritos cerveza para beber y canciones cantadas con voces alegres y llenas de entusiasmo. Pero la Oktoberfest había sido cancelada y la limusina Double Phaeton que avanzaba por el corto sendero de entrada a la residencia en Grünwald, en las afueras de Múnich, portaba noticias que no eran precisamente alegres.

El auto se detuvo. El chofer abrió la puerta del pasajero para que bajara un distinguido caballero de unos sesenta años. Un mayordomo uniformado lo hizo entrar a la casa. Un momento después, Athala, condesa de Meerburg, levantó la vista cuando el abogado de la familia, *Herr Rechtsanwalt* Viktor Solomons, ingresó a la sala. Su cabello y barba ahora eran plateados y su paso era menos vigoroso de lo que había sido alguna vez, pero la impecable hechura de su traje, el blanco brillante de su cuello perfectamente almidonado y el brillo impecable de sus zapatos reflejaban una mente que todavía era tan precisa, tan aguda y perspicaz como siempre.

Solomons se detuvo delante del sillón que ocupaba Athala, saludó respetuosamente con una ligera inclinación de cabeza y dijo:

—Buenos días, condesa.

Su estado de ánimo era apagado, pero eso era de esperar, se recordó Athala a sí misma. El amado hijo de Solomons, Isidore, estaba lejos, en el frente. Ningún padre podría sentirse despreocupado sabiendo que la supervivencia misma de su hijo estaba en ese momento a merced de los dioses de la guerra.

—Buenos días, Viktor, qué placer inesperado verlo. Por favor, tome

asiento. —Athala extendió una delicada mano hacia el sillón que tenía enfrente. Luego volvió su atención hacia el mayordomo que había acompañado al invitado y permanecía allí a la espera de nuevas instrucciones—. Café, por favor, Braun, para *Herr Rechtsanwalt* Solomons. ¿Quiere un pastel, Viktor? ¿Un poco de *strudel*, tal vez?

—No, gracias, condesa.

Athala se dio cuenta de que había un tono sombrío en la voz de Solomons, y parecía inusualmente reacio a mirarla a los ojos. «Tiene malas noticias», pensó ella. «¿Se tratará de los muchachos? ¿Le habrá ocurrido algo a alguno de ellos?»

Se dijo a sí misma que debía mantener la calma. No sería adecuado manifestar los propios temores, especialmente no mientras un sirviente estuviera todavía en la habitación.

—Eso es todo, Braun.

El mayordomo se retiró. Athala sintió un repentino deseo de demorar las malas noticias por apenas unos segundos más.

—Cuénteme, ¿cómo le está yendo a Isidore? Espero que esté bien y a salvo.

—Oh, sí, muy bien gracias, condesa —respondió Viktor, con aire distraído, como si su mente no estuviera del todo concentrada. Pero estaba tan orgulloso de su amado hijo que no pudo resistirse, y añadió—: Como usted sabe, el comandante de la división de Isidore es el propio príncipe heredero Wilhelm. ¡Imagínese! Recibimos una carta suya la semana pasada en la que decía que ya participó en su primer combate. Aparentemente, el comandante manifestó que su conducta bajo fuego fue admirable.

—Estoy segura de que así fue. Isidore es un excelente joven. Y bien... ¿De qué se trata, Viktor, qué lo trae por aquí?

Solomons vaciló un segundo para ordenar sus pensamientos y luego suspiró:

—Me temo que no hay otra forma de decir esto, condesa. El Ministerio de Guerra en Berlín me informó hoy que su esposo, el *Graf* Otto von Meerbach, ha muerto. El general Von Falkenhayn consideró que era mejor que la noticia le fuera dada por alguien conocido, y no que simplemente se enterara por un telegrama o por la visita de algún oficial desconocido.

Athala se recostó sobre el respaldo de su sillón, con los ojos cerrados, incapaz de decir una palabra.

—Sé que esto debe ser muy angustiante —continuó Solomons, pero la angustia era lo último que ella tenía en su mente. Su sentimiento más abrumador fue de alivio. Nada les había sucedido a sus hijos. Y finalmente, después de tantos años, ella era libre. No había ya nada que su marido pudiera hacer para seguir lastimándola.

Athala se controló. Había sido educada desde su más tierna infancia para acomodar sus delicados rasgos de porcelana en una expresión de elegancia serena y aristocrática, cualesquiera fueran las circunstancias. Esconder sus verdaderos sentimientos detrás de esa máscara se había convertido para ella en algo del todo natural, tal como las aguas de un estanque esconden las patas constantemente en movimiento del cisne y le permiten deslizarse con esa aparente facilidad sobre su brillante superficie.

—¿Cómo murió? —preguntó ella.

—En un accidente aéreo. Me han informado que Su Excelencia estaba en una misión de la mayor importancia para el Imperio Alemán. Los detalles son secretos, pero estoy autorizado a informarle que el accidente ocurrió en África Oriental Británica. El conde estaba volando a bordo de su nueva y magnífica aeronave *Assegai*. Este era su primer viaje.

—¿Los británicos lo derribaron, entonces?

—No lo sé. Nuestro embajador en Berna fue notificado por su homólogo británico de que el conde había muerto. Fue un gesto de cortesía, en honor a la importancia de su difunto esposo. Tengo entendido, sin embargo, que los británicos no tienen ninguna unidad aérea en África, así que debemos suponer que se trató de algún tipo de accidente. El gas que se usa para hacer ascender a estos «dirigibles» suele, aparentemente, ser muy inestable.

Athala miró a Solomons directamente a los ojos y habló con gran serenidad.

—¿Estaba ella a bordo del *Assegai* en ese momento?

El abogado no necesitaba que le dijeran quién era «ella». Digamos de paso que nadie siquiera remotamente familiarizado con la alta sociedad alemana necesitaba que se lo dijeran. El conde Von Meerbach había sido siempre un notorio mujeriego, pero en los últimos años se había obsesionado con una amante en particular, una belleza deslumbrante, de pelo oscuro, casi negro y lustroso y ojos azul violeta llamada Eva von Wellberg. El conde le había suplicado a Athala que se divorciaran para poder con-

vertir a la Wellberg en su esposa, pero ella se había negado. Su fe católica no le permitía poner fin a su matrimonio. De todos modos llegaron a un acuerdo. La condesa Athala viviría, con sus dos hijos pequeños, en su villa clásica y perfectamente proporcionada en el pequeño y elegante pueblo al suroeste de Múnich, donde se podían encontrar los miembros más destacados de la sociedad bávara. Y el conde Otto, por su parte, conservaría su castillo familiar en las costas del lago Constanza. Y allí residía su amante, o como Athala pensaba de ella, su puta. Él veía a sus hijos en las raras ocasiones en que podía hacerlo, o se mostraba remotamente dispuesto a dedicar algún tiempo para ocuparse de ellos.

—El *Assegai* estaba estacionado en los terrenos de los establecimientos Meerbach Motor —explicó Solomons, refiriéndose al gigantesco complejo industrial que era la base de la fortuna familiar—. Altos ejecutivos de la compañía que asistieron a la partida de la aeronave me dijeron que vieron a una mujer que subía al aparato. El Ministerio de Guerra también me informó que el *Assegai* cayó con todas las personas a bordo. No hubo sobrevivientes.

Athala permitió que una leve y amarga sonrisa atravesara su rostro.

—Ni siquiera voy a fingir que lamento que ella esté muerta.

—Ni yo puedo pretender criticarla por eso. Sé muy bien cuánto ha sufrido usted por culpa de ella.

—Querido Viktor, usted es siempre tan amable y justo. Usted es... —Hizo una pausa para corregirse—, era el abogado de mi marido, pero nunca ha hecho nada para lastimarme.

—Soy el abogado de la familia, condesa —la corrigió gentilmente Solomons—. Y mientras usted sea y siga siendo parte de la familia Von Meerbach, siempre consideraré que es mi cliente. Ahora bien, ¿puedo preguntarle si está ahora dispuesta a hablar de algunas de las consecuencias de la trágica muerte de su marido?

—Sí, sí, por supuesto —respondió Athala, y luego, por razones que ella no pudo explicarse del todo, de repente sintió la pérdida ante la que había estado insensible hasta ese momento. A pesar de todo lo que ella había sufrido, siempre había rezado para que algún día su esposo pudiera ver el error de su conducta para dedicarse a su familia. En ese momento toda esperanza de que ello ocurriera había desaparecido. Comenzó a llorar y metió la mano en el bolso que tenía a sus pies, buscando un pañuelo.

—¿Puedo? —preguntó Solomons, e hizo el gesto de sacar un pañuelo del bolsillo.

Pero ella le hizo un gesto con la mano, negando con la cabeza, sin poder todavía hablar. Finalmente encontró lo que estaba buscando, se llevó el pañuelo a los ojos, se secó la nariz, respiró profundamente y dijo:

—Por favor, perdóneme.

—Mi querida condesa, usted acaba de perder a su marido. A pesar de las dificultades a las que usted se haya enfrentado, él seguía siendo el hombre con el que se casó, el padre de sus hijos.

Ella asintió con la cabeza y habló con tristeza.

—Parece que no tengo un corazón de piedra después de todo.

—Yo, por mi parte, jamás supuse que fuera así. Ni por un instante.

Ella hizo un gesto de agradecimiento inclinando la cabeza. Luego habló.

—Por favor, continúe... Creo que usted iba a hablar de las consecuencias de... —No podía usar la palabra «muerte» y solo dijo—: de lo que ha ocurrido.

—En efecto. Lamentablemente no podrá haber un funeral, pues si el cuerpo ha sido recuperado, los británicos ya deben haberlo enterrado.

—Mi marido murió sirviendo a su país en el extranjero —sentenció Athala, a la vez que enderezaba la espalda y recuperaba su serena compostura—. Eso era de esperar.

—En efecto. Pero creo que sería del todo apropiado, es más, es lo que se espera, que se realice un servicio religioso en su memoria, tal vez en la *Frauenkirche*, la catedral de Múnich, o tal vez usted prefiera en el *Schloss Meerbach*, en la capilla del castillo familiar, o incluso un servicio en las instalaciones industriales de la familia, sería muy apropiado.

—La *Frauenkirche* —dijo Athala, sin dudarle un momento—. No creo que una fábrica sea el lugar adecuado para conmemorar a un conde del Imperio Alemán y la capilla en el *Schloss* es demasiado pequeña para acomodar a la cantidad de personas que van a querer asistir. ¿Podría alguien de su estudio ponerse en contacto con la oficina del arzobispo, para reservar una fecha adecuada y asistir con la preparación evento?

—Por supuesto, condesa, eso no será ningún problema. ¿Puedo sugerir el Bayerischer Hof para la recepción después del servicio? Si usted le da al gerente las indicaciones generales, el personal del hotel sabrá exactamente cuál es la mejor manera de llevar a cabo lo que usted desea.

—Me temo que ni siquiera puedo empezar a pensar en eso en este momento. —Athala cerró los ojos, tratando de ordenar el montón de pensamientos y emociones que se mezclaban en su cabeza. Luego preguntó—: ¿Qué será de mis hijos y de mí?

—Bueno, la amplitud y variedad de las posesiones del conde hacen que su testamento sea inusualmente complejo. Pero los datos esenciales son que la propiedad familiar aquí en Baviera, y una participación mayoritaria en los establecimientos industriales, todos van a su hijo mayor, Konrad, junto con el título de *Graf* von Meerbach. Su hijo menor, Gerhard, tendrá una participación menor en la empresa. Las diversas propiedades y los ingresos que generen se mantendrán en fideicomiso para cada hijo hasta que cumplan veinticinco años. Mientras llega ese momento, cada uno recibirá un subsidio generoso, más el costo de su educación, por supuesto. Cualquier gasto adicional deberá ser aprobado por los administradores de los fideicomisos.

—¿Y quiénes serán?

—En primera instancia, usted y yo, condesa.

—Dios mío, imagínese... Otto me concede ese poder.

—Era un tradicionalista. Sintió que una madre debería hacerse cargo de la crianza de sus hijos. Pero notará que dije «en primera instancia». Una vez que Konrad tenga veinticinco años y se haga cargo de los asuntos de la familia, también asumirá el papel de fiduciario de su hermano, que tendrá dieciocho años.

—De modo que durante siete años, Gerhard tendrá que recurrir con la cabeza gacha a Konrad si alguna vez necesita algo...

—En efecto.

Athala frunció el ceño.

—Me preocupa que un hermano pueda tener tanto poder sobre el otro.

—Su Excelencia creía firmemente que una familia, como un país, requería el liderazgo fuerte de un solo hombre.

—¿Acaso él...? Supongo que yo estoy bien protegida.

—Oh, sí, no debe preocuparse por eso. Retendrá usted el dinero de su propia familia, al que se le agregarán todos los bienes, joyas, obras de arte y demás que recibió durante su matrimonio, y recibirá un subsidio anual muy generoso por el resto de su vida. También tendrá un lugar en el directorio.

—No me importa el maldito directorio —exclamó Athala—. Son mis muchachos los que me preocupan. ¿Dónde se supone que vamos a vivir?

—Depende enteramente de usted, si desea residir aquí en Grünwald, o en el *Schloss Meerbach*, o en ambos lugares. Su Excelencia ha dispuesto un dinero para el mantenimiento del castillo y sus terrenos, y para el empleo de todo el personal requerido para mantener el nivel de vida que él mismo exigía. Usted será la señora del *Schloss Meerbach* una vez más, si así lo decide.

—Hasta el vigésimo quinto cumpleaños de Konrad...

—Sí, entonces él será el señor del castillo.

* * *

Una vez que Solomons se retiró, Athala subió al cuarto de los juguetes donde Gerhard estaba jugando. Ella lo veía como un regalo de Dios, una bendición inesperada cuyo nacimiento había traído un raro momento de alegría en un matrimonio que estaba mucho más allá de toda redención. Gerhard fue concebido la última noche en que Athala y Otto durmieron juntos. Fue un acto breve y superficial, y él se fue con *Fräulein* von Wellberg la noche en que Gerhard nació. Pero eso, precisamente, hacía que su bebé fuera aún más valioso para Athala.

Se preguntó cómo iba a explicarle que su padre había muerto. ¿Cómo se le dice a un niño de tres años ese tipo de cosas? Por el momento, ella no tuvo el coraje de interrumpir a Gerhard mientras jugaba con los ladrillos de madera que eran su juguete favorito.

Athala siempre encontraba fascinante observar a su hijo cuando organizaba los ladrillos de colores brillantes. Tenía una comprensión instintiva de la simetría. Si colocaba un ladrillo de cierto color o forma en un lado de su último castillo, o casa, o granja (Gerhard siempre supo exactamente lo que estaba construyendo), entonces otro, idéntico, tenía que ir en el lado opuesto.

Ella se inclinó y lo besó en la cabeza.

—Mi pequeño arquitecto —murmuró, y Gerhard sonrió con placer,

porque ese era su favorito entre todos los sobrenombres cariñosos que ella usaba para él.

«Se lo diré», se dijo Athala a sí misma, «pero no todavía.»

Les dio la noticia a sus dos hijos después de que Konrad regresara de la escuela. Solo tenía diez años, pero ya se consideraba a sí mismo como el hombre de la casa. Como tal, se esforzó por no mostrar ningún signo de debilidad cuando le dijeron que el padre al que tanto se parecía había muerto. En cambio, quiso conocer todos los detalles de lo que había sucedido. ¿Su padre había estado luchando contra los ingleses? ¿Cuántos de ellos había matado antes de que lo atraparan? Cuando Athala no pudo darle las respuestas que necesitaba, Konrad se enfureció y dijo que ella era una estúpida.

—Papá tenía razón en no amarte —se burló—. Nunca fuiste lo suficientemente buena para él.

En otro momento, Athala podría haberle dado un golpe por eso, pero en ese momento lo dejó pasar. Luego, la furia de Konrad desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido y preguntó:

—Si mi padre está muerto, ¿eso significa que ahora yo soy el conde?

—Sí, tú eres el *Graf* von Meerbach.

Konrad dio un grito de alegría.

—¡Soy el conde! ¡Soy el conde! —canturreó, marchando por el cuarto de los juguetes, como un regordete guardián pelirrojo—. ¡Puedo hacer lo que quiera y nadie puede detenerme!

Se detuvo junto al edificio que Gerhard había levantado, ladrillo por ladrillo, hasta llegar a ser casi tan alto como su autor.

—¡Eh, Gerdi, mírame!

Gerhard miró a su hermano mayor, sonriendo inocentemente.

Konrad pateó la maravillosa construcción de Gerhard, esparciendo sus ladrillos por todo el suelo del cuarto de juegos. Luego la pateó de nuevo, una y otra vez hasta que quedó completamente destruida, y no quedó nada más que los coloridos escombros que alfombraban la habitación.

El pequeño rostro de Gerhard se arrugó angustiado y corrió llorando hacia su madre.

Mientras envolvía con sus brazos a su bebé, ella miró al niño conde que en ese momento se erguía orgullosamente sobre la destrucción que

había causado y se dio cuenta con amarga desesperación de que había sido liberada de su esposo, solo para ser esclavizada nuevamente por su hijo, más terrible todavía.

La delgada niñita llevaba un par de pantalones de montar que flameaban alrededor de sus muslos ya que carecía de la carne necesaria para llenarlos. Su media melena de pelo negro, que normalmente no estaba retenida por cintas ni broches de ningún tipo, había sido recogida en un pequeño rodete para ser usado debajo de la gorra de montar. Su cara pecosa estaba bronceada de un color marrón dorado y sus ojos eran del color azul claro y puro de los cielos africanos que habían cubierto todos los días de su vida.

Alrededor de ella, las colinas cubiertas de hierba, adornadas con brillantes arroyos, se extendían hasta el horizonte como si las Tierras Altas de Escocia hubieran sido transportadas al Jardín del Edén: una tierra mágica de fertilidad sin límites, de una escala inabarcable y una naturaleza excitante e indomable. Allí los leopardos holgazaneaban en las ramas de los árboles, que también eran el hogar de monos que parloteaban y serpientes, como la brillante e iridiscente mamba verde o la tímida pero fatalmente venenosa serpiente de árbol, la *boomslang*. La hierba alta hasta la cabeza ocultaba leones con afilados colmillos y garras y, más mortífero aún, el búfalo, cuyos cuernos podían penetrar profundamente en las entrañas de un hombre con la misma facilidad con que una aguja de coser atraviesa el delicado lino.

La niña apenas si pensaba en estos peligros, ya que no conocía otro mundo que ese y, además, tenía cosas mucho más importantes en su mente. Estaba acariciando el hocico aterciopelado de su poni, una yegua alazana criada en Somalía de la que se había vuelto inseparable desde que la había recibido como regalo de su séptimo cumpleaños, ocho meses atrás. El caballo se llamaba Kipipiri, que era a la vez la palabra *swahili* para «mariposa» y el nombre de la montaña que se alzaba en el horizonte oriental y brillaba en la bruma del calor como un espejismo.

—Mira, Kippy —le habló la niña, en un murmullo bajo y tranquilizador—. Mira a todos esos chicos desagradables y sus horrendos sementales. ¡Mostrémosles lo que podemos hacer!

Dio la vuelta hacia el costado del poni y, desdeñando el ofrecimiento

de un empujón de su caballerizo, puso un pie en el estribo más cercano, lo empujó y saltó a la silla de montar con la misma agilidad que un jinete en el día del Derby. Luego se inclinó hacia adelante a lo largo del cuello de Kipipiri, acariciándole la crin, y le susurró al oído:

—¡Vuela, cariño, vuela!

Poseída por un estimulante torbellino de emociones en el que el orgullo, la anticipación y la excitación vertiginosa chocaban contra el nerviosismo, la aprensión y el anhelo desesperado de no quedar como una tonta, la niña se dijo a sí misma que debía calmarse. Hacía tiempo que había aprendido que su amada Kippy podía percibir sus emociones y sentirse afectada por ellas y lo último que necesitaba era una cabalgadura nerviosa, asustadiza y exaltada. De modo que respiró hondo, tal como le había enseñado su madre, antes de dejar que el aire saliera suave y lentamente hasta sentir que la tensión se relajaba en sus hombros. Luego se irguió e incitó al poni con los talones para que fuera al paso, levantando el polvo de la tierra rojiza mientras avanzaban hacia el portón de inicio del espacio para la exhibición de salto que había sido preparado en uno de los terrenos del Club de Polo del Valle Wanjohi para su competencia de saltos de 1926.

Los ojos de la niña estaban fijos en las vallas alzadas en puntos aparentemente aleatorios alrededor de la pista. Y un solo pensamiento llenaba su mente: «¡Voy a ganar!»

Habían colgado un altoparlante en una de las vigas de madera que sostenían el techo de metal corrugado sobre la galería del edificio del club. De él salió el sonido áspero y metálico de la voz amplificada de un hombre.

—Ahora el último participante en la competencia de salto para menores de doce años, la señorita Saffron Courtney con Kipi-pipi-petenci-piri... —Se hizo un silencio por un segundo y luego la voz continuó—: Lo siento muchísimo, hay demasiados pipipi ahí, me temo.

—¡Y unos cuantos gin-tonic de más, eh Chalky! —gritó una voz entre los espectadores que descansaban en los bancos de madera que servían de asientos para los observadores de la competición anual que el club de polo organizaba para los hijos de sus socios.

—Muy cierto, querido amigo, es muy cierto —confesó el locutor, y luego continuó—: Hasta ahora solo ha habido una vuelta completa, la

de Percy Toynton con Hotspur, lo que significa que Saffron es la única competidora que se interpone entre él y la victoria. Ella es la participante más joven de esta competencia, así que vamos a recibirla con un gran aplauso para ponerla en marcha.

Se escuchó la oleada de aplausos de los cincuenta o más colonos blancos que habían acudido a ver a sus hijos competir en las pruebas ecuestres, o que simplemente aprovechaban cualquier oportunidad para dejar sus granjas y negocios y hacer vida social entre ellos. Estaban un tanto aletargados por el calor del sol de la primera hora de la tarde y el aire enrarecido, ya que los campos de polo estaban a una altura de casi dos mil quinientos metros, lo que parecía exagerar los efectos de su consumo heroico de alcohol. Unas pocas almas decadentes y particularmente hastiadas estaban más adormecidas todavía por el opio, mientras que aquellos que daban muestras evidentes de energía o agitación probablemente habían aspirado un poco de cocaína, algo que recientemente se había puesto tan de moda entre los miembros más atrevidos de la sociedad keniana como los cócteles antes de la cena.

La madre de Saffron, Eva Courtney, sin embargo, estaba completamente lúcida. Con siete meses de embarazo, después de haber tenido dos abortos espontáneos desde el nacimiento de su hija, tenía prohibido cualquier cosa más fuerte que el vaso ocasional de Guinness para darle fuerzas. Miró hacia la pista de saltos que había sido armada en uno de los campos de polo, y susurró en voz muy baja:

—Buena suerte, mi dulce —y apretó la mano de su marido—. Solo espero que no sufra una caída —dijo, con sus profundos ojos violeta cargados de maternal ansiedad—. Es apenas una niña y mira el tamaño de algunos de esas vallas.

León Courtney le sonrió a su esposa.

—No te preocupes, cariño —la tranquilizó—. Saffron es hija tuya. Lo que significa que es tan valiente como una leona, tan bonita como un flamenco rosado... y tan dura como un viejo rinoceronte macho. Ella saldrá ilesa, te lo aseguro.

Eva Courtney le sonrió a León y le soltó la mano para que pudiera levantarse y caminar hacia el campo de polo. «Ese es mi Tejón», pensó. «Tan inquieto que no puede soportar quedarse sentado y mirar a su niña a la distancia. Él tiene que estar cerca de la acción.»

Eva le había dado a León el sobrenombre de Tejón una mañana hacía

ya una docena de años, poco después de haberse conocido. Habían salido a cabalgar al amanecer por el Valle del Rift y Eva había visto a una criatura de aspecto extraño del tamaño de un perro robusto de patas cortas, echado. Tenía pelaje negro en la panza y en la parte inferior del cuerpo, y gris pálido y blanco en la parte superior, y andaba hurgando en la hierba como un anciano que busca sus lentes para leer.

—¿Qué es eso? —había preguntado. A lo que León respondió:

—Es un tejón de miel. —Le explicó que esa extraña bestia era una de las criaturas más feroces y audaces de África—. Incluso el león se aleja de él lo más que puede —le había dicho León—. Interferir con él significa correr un gran riesgo.

«Él podría estar hablando de sí mismo», había pensado Eva. León solo tenía veintitantos años y se ganaba la vida como guía de safaris. Ahora solo le faltaba un año para cumplir los cuarenta, la mirada de infantil ansiedad que alguna vez había iluminado sus ojos había sido reemplazada por la seguridad más serena de un hombre maduro en la flor de la vida, confiado en su destreza como cazador y luchador. Había un profundo surco entre las cejas de León y arrugas alrededor de sus ojos y boca. Con la frustración sentida por las mujeres de todos los tiempos, para quienes las arrugas eran una señal no deseada de que la juventud y la belleza se iban desvaneciendo, Eva tenía que admitir que en su hombre esas arrugas sugerían experiencia y autoridad, lo que lo hacía todavía más atractivo. Su cuerpo era un poco más grueso en el torso y su cintura no era tan delgada como antes, pero —¡otra injusticia!— eso solo lo hacía parecer más fuerte y más poderoso.

Eva miró a su alrededor, a los otros hombres de la comunidad de expatriados reunidos en este rincón particular de Kenia. Sus ojos se detuvieron en Josslyn Hay, el heredero de veinticinco años del conde de Erroll, lord alto condestable de Escocia. Era un joven alto y fuerte, y llevaba una falda escocesa, como solía hacer en honor a su tradición, con un chal somalí rojo y ocre colgado de un hombro. Era un tipo bastante guapo, con el pelo rubio peinado hacia atrás, como un galán de cine. Sus fríos ojos azules miraban al mundo, y a sus habitantes femeninas en particular, con la indolencia perezosa y de párpados pesados de un depredador que contempla su próxima comida. Josslyn Hay había seducido a la mitad de las mujeres blancas en el África Oriental Británica, pero Eva conocía muy bien ese tipo de hombre y estaba muy satisfecha con su propio macho alfa como para

estar remotamente interesada en sumarse a sus conquistas. Además, él era demasiado joven e inexperto como para que ella se interesara. En cuanto al resto de los hombres allí, se trataba de un variopinto grupo de aristócratas que huían del nuevo mundo de la Gran Bretaña de posguerra; de hombres que vivían de los envíos de dinero que les llegaban de la familia y se daban aires de grandeza mientras rezaban para que no se demorara la llegada del próximo cheque; y de aventureros atraídos por África con la promesa de una vida que nunca podrían esperar encontrar en su tierra.

Pero León Courtney era diferente. Su familia vivía en África desde hacía doscientos cincuenta años. Hablaba *swahili* con la misma facilidad que el inglés, conversaba con los *masáis* locales en su propia lengua y tenía un excelente dominio del árabe, una herramienta esencial para un hombre cuyo padre había creado una empresa comercial nacida con un único vapor en el Nilo y que en ese momento se extendía desde las minas de oro de Transvaal hasta los campos de algodón de Egipto y los pozos de petróleo de la Mesopotamia. León no participaba en juegos. No tenía por qué hacerlo. Era suficientemente hombre tal como era.

«Sí, Tejón, tengo suerte», pensó Eva. «La más afortunada de todas por amarte y ser amada por ti.»

Saffron se serenó en el punto de partida de la pista. «¡Solo tengo que ganarle a Percy!» se dijo a sí misma.

En una semana llegaría el decimotercer cumpleaños de Percy Toyn-ton, de modo que apenas cumplía con los requisitos para participar en ese torneo. No solo tenía casi el doble de edad que Saffron, sino también que tanto él como su caballo eran mucho más grandes y fuertes que ella y Kipipiri. Percy no era un buen chico, en opinión de Saffron. Era jactancioso y le gustaba parecer inteligente a expensas de otros niños. Aun así, había hecho todo el recorrido de la pista de saltos sin cometer un solo error. De modo que ella no tenía otra opción que hacer exactamente lo mismo y luego vencerlo en los saltos de desempate que seguirían.

—No te adelantes —le había dicho su papá en el desayuno esa mañana—. Esta es una lección muy importante en la vida. Si tienes un trabajo grande y difícil que hacer, no te preocupes por lo difícil que sea. Divídelo en trabajos más pequeños y fáciles. Luego, hazlos uno por uno

tranquilamente y verás que al final has hecho lo que parecía tan difícil. ¿Lo entiendes?

Saffron había arrugado el rostro y torcido los labios de un lado a otro, pensando en lo que su papá había dicho.

—Creo que sí —había respondido, sin mucha convicción.

—Bueno, veamos una vuelta completa en la pista de salto de obstáculos. Es muy difícil, ¿verdad?

—Sí —asintió Saffron.

—Pero si miras una valla, apuesto a que siempre crees que puedes superarla.

—¡Siempre! —coincidió Saffron.

—Muy bien entonces, no pienses en lo difícil que es hacer el circuito completo sin faltas. Piensa en un salto fácil, luego en otro, luego en otro... y cuando llegues al final, si saltas todas las vallas, entonces tendrás un circuito completo sin faltas y no te habrá parecido de ninguna manera difícil.

—¡Ah, lo entiendo! —había dicho entusiasmada.

En ese momento Saffron miró la línea irregular de sus compañeros competidores y sus padres en un costado de la pista, y vio a su padre. Él la miró a los ojos y alegremente la saludó con la mano, y a la vez le dirigió una de esas amplias sonrisas que siempre la hacían sentir feliz, pues estaban llenas de optimismo y confianza. Ella le devolvió la sonrisa y luego dirigió su atención al primer obstáculo: un simple par de palos blancos cruzados que formaban una X no muy alta, más baja en el medio que en los lados. «¡Esta es fácil!», pensó y se sintió repentinamente más fuerte y más confiada. Instó a Kipipiri para que avanzara y la pequeña yegua entró trotando y luego al galope atravesaron el portón de ingreso para dirigirse hacia las vallas.

León Courtney se aseguró de no transmitir ni un ápice de la tensión que estaba sintiendo cuando Saffron comenzó su ronda. Su corazón estallaba de orgullo. Ella podría haber entrado en la categoría de menores de ocho años, pero la sola idea de recorrer las vallas para bebés, la más alta de las cuales apenas llegaba a la rodilla de León, la había horrorizado. Por lo tanto, había insistido en ingresar a un grupo de más edad, y, para la mayoría de las personas, eso en sí mismo ya era algo notable. La idea de

que ella realmente pudiera ganar era una fantasía extrema. Pero León conocía a su hija. Ella no lo veía de esa manera. Ella quería la victoria o nada.

—Vamos, Saffy —susurró él, sin querer gritar por miedo a asustar al poni de la niña.

Ella avanzó a medio galope hasta la primera valla; serenó a Kipipiri y luego se lanzó hacia adelante y saltó justo por el centro de la valla, con mucho espacio de sobra. Saffron sonrió para sí misma. Ella y Kippy eran personajes decididos y obstinados. Como solía decir su madre: «¡Ustedes dos son tan malas una como la otra!»

Los días en que Saffron y su poni no se ponían de acuerdo, los resultados eran invariablemente desastrosos, pero cuando se unían e iban en la misma dirección, parecía que podían llevarse al mundo por delante. La energía con la que Kippy había saltado, su equilibrio perfecto en el despeque y en el aterrizaje, el ritmo de sus zancadas y el modo alerta y dispuesto en que sus orejas se movían, le dieron a Saffron la esperanza de que aquel podría ser uno de los días buenos.

Luego, sin embargo, el desafío se hizo mucho más difícil. La siguiente valla era doble: dos vallas paralelas con un solo paso entre ellas.

—¡Buena chica! —dijo Saffron mientras Kippy raspaba el primer elemento del par. Luego dio el paso a la perfección para saltar también sobre la segunda barra.

En ese momento todos los nervios habían desaparecido. Saffron y el animal debajo de ella eran uno solo, controlando toda la potencia que acumulaba en los músculos tensos debajo del rico, oscuro y brillante pelaje de Kippy.

Redujo la velocidad del animal, giró noventa grados hacia la derecha para dirigirse a la línea de tres vallas que se le presentaban en ese momento. La primera era un simple portón blanco liso y ella la superó fácilmente. Saffron tenía las piernas largas para su edad, aunque eran tan delgadas como las de una cigüeña, pero llevaba los estribos cortos, que era lo mejor para levantarse de la silla de montar al saltar y llevar a su poni hacia arriba y por encima del obstáculo. Luego seguía otra valla de un solo palo, aunque estaba colocada sobre grupos de ramas ondulantes de árboles, todavía adornadas con sus brillantes flores rojas y amarillas. Una vez más, la valla fue superada por Saffron y Kipipiri.

—Vaya, Courtney, esa chica tuya es ligera como una pluma en la silla de montar —dijo uno de los espectadores, un mayor de caballería retirado llamado Brett, que también se desempeñaba como magistrado local, mientras la niña saltaba una valla alta, compuesta de dos barras paralelas una al lado de la otra—. Excelente manejo de las riendas, también. Muy bien hecho.

—Gracias, mayor —replicó León, mientras Saffron hacía girar a Kipipiri para dirigirse al siguiente par de vallas puestas en diagonal sobre la pista: una pared y un obstáculo de agua—. Pero no puedo atribuirme ningún crédito. Saffron es absolutamente la hija de su madre cuando se trata de montar a caballo. No creerías las horas que Eva pasa con ella en la pista de entrenamiento, tan terca una como la otra, peleando como dos gatos en una bolsa, pero por Dios que valió la pena. —León sonrió cariñosamente al pensar en las dos personas más importantes de su vida, y continuó—: Discúlpame un momento —mientras volvía toda su atención a la pista.

Por alguna razón, el poni de su hija tenía la terrible costumbre de «meter la pata en el agua», como a León le gustaba decir. Saltaba sobre las vallas más altas, más anchas y más aterradoras, pero resultaba casi imposible persuadirla de que el agua era un obstáculo que evitar, y no un estanque para bañarse.

Cuando Saffron se estabilizó ante el desafío que tenía enfrente, León respiró hondo, tratando de calmar su pulso acelerado.

«No sé cómo se siente Saffy saltando en esta competencia», pensó. «Pero yo estoy completamente destrozado de solo mirarla.»

«Una valla por vez, una valla por vez», se repetía Saffron para sí misma mientras fijaba sus ojos en la pared.

—¡Aquí vamos, niña! —decidió e instó a Kippy a cruzar el suelo reseco. La pared era alta. La saltaron sin derribar ninguna de las cajas de té, de madera pintada, con las que se había improvisado, pero el poni tropezó en el aterrizaje y se necesitó toda la habilidad de Saffron para mantenerla erguida, conservar el impulso hacia adelante, mantenerla en equilibrio y avanzar con fuerza otra vez para cuando se acercaran al obstáculo de agua.

Saffron estaba absolutamente decidida a no remover el agua esta vez. Galopó a toda velocidad hacia ella, calculó mal su ritmo, tenía que alejarse mucho del obstáculo, pero iba tan rápido que Kipipiri voló como un dardo a toda velocidad sobre la barra y el charco poco profundo de agua marrón fangosa al otro lado. Fue todo lo que Saffron pudo hacer para frenarla y volverla a girar, esta vez del todo hacia la izquierda, antes de salir de la pista.

Saffron estaba sin aliento, pero interiormente exultante. «¡Ninguna falta! ¡A punto de ganar!»

Frente a ella había una valla baja hecha de tres palos a rayas uno encima del otro. La comisión de la competencia del club de polo había decidido hacer de esta un reto particularmente suave para los jinetes, porque justo más allá estaba el último y más duro obstáculo: una difícil combinación triple de una valla simple de palos, otra de un fardo de heno y un palo, y finalmente una valla alta, cada una con solo un paso entre ellas. Algunos competidores habían raspado el primer elemento del triple, golpeado el segundo y simplemente se habían estrellado contra el tercero, completamente incapaces de conducir otro salto. Ninguno, aparte de Percy, había logrado pasar sin al menos derribar una valla.

Saffron tenía que hacerlo. Reunió hasta el último resto de energía que todavía había en ella y cabalgó a lo largo del lado de la pista más cercano a los espectadores, repitiendo en su mente la serie de pasos que iba a necesitar para ingresar a la combinación triple en el punto exacto, yendo a la velocidad adecuada. Apenas pensó en los palos cuando Kipipiri saltó sobre ellos.

Cuando las patas traseras del poni pasaron por encima de la valla, Saffron pensó haber escuchado un golpe detrás de ella. Se dio vuelta y vio que el palo superior había sido sacudido, pero parecía estar todavía en su lugar, así que no pensó más en ello. Apenas vio a la gente que pasaba a su lado, ni oyó el contenido grito de asombro de los presentes al acercarse al primer elemento. Lo pasó perfectamente, saltó la barra, mantuvo a Kippy bien equilibrada en su siguiente paso, cruzó la segunda valla, la hizo avanzar a golpes de talón y luego tiró con tanta fuerza de las riendas que prácticamente levantó a su poni y lo arrastró por sobre la valla alta.

«¡Lo hice! ¡Lo hice!», pensó Saffron exultante mientras galopaba hacia la línea de la meta. La cruzó y redujo la marcha de Kipipiri al trote mientras salían de la pista. Vio a su padre que corría hacia ella, esquivando

en zigzag a los espectadores que aplaudían y lo felicitaban. Pero él no devolvía el saludo.

Saffron frunció el ceño. «¿Por qué no está sonriendo?»

Y entonces escuchó el altavoz y sintió como si la hubiera pateado una pezuña de caballo en la barriga cuando el locutor gritó:

—¡Oh, vaya, vaya! Qué tremenda mala suerte para la valiente Saffron Courtney, golpear la penúltima valla cuando estaba tan cerca de una vuelta sin faltas. ¡Dios mío, ese palo se tomó todo el tiempo del mundo para caerse! Eso significa que el premio del ganador es para Percy Toyn-ton. ¡Bien hecho, jovencito!

Saffron apenas sabía lo que estaba sucediendo cuando su palafrenero tomó la brida de Kipipiri. Lo único en lo que podía pensar era: «¿Cómo pude derribar ese pequeño, estúpido y simple palo?» Sus ojos se llenaron súbitamente de lágrimas y apenas podía ver a su padre León cuando la levantó de la silla y la abrazó contra su pecho, sosteniéndola con fuerza antes de ponerla suavemente en el suelo.

Ella se apoyó contra él, envolviendo los brazos alrededor de sus piernas mientras él le acariciaba el cabello.

—Soy mejor que Percy, sé que lo soy —sollozaba Saffron. Y luego levantó la vista, su cara tan furiosa como triste a la vez que gritaba—. ¡Perdí, papá, perdí! No puedo creerlo... ¡Perdí!

León había aprendido hacía mucho tiempo que no tenía sentido tratar de razonar con Saffron en momentos como ese. Su temperamento era tan violento como una tormenta africana, pero se calmaba con la misma rapidez y luego el sol salía en ella como lo hacía sobre la sabana, para también brillar con el mismo esplendor.

Se apartó de él, se quitó la gorra y avanzó pateando el suelo. León oyó un «¡jem!» de desaprobación detrás de él y se volvió. Allí estaba el mayor Brett que fruncía el ceño ante esa demostración de juvenil ira femenina.

—Deberías leerle a esta damita algo de Kipling, Courtney.

—¿Porque se está comportando como un mono de *El libro de la selva*? —preguntó León.

El mayor no percibió la presencia del humor, o tal vez no le pareció que aquel fuera el momento y el lugar para la frivolidad.

—¡Por Dios, hombre, por supuesto que no! Me refiero a ese poema.

Ya sabes, triunfo y desastre, impostores, trátalos a los dos del mismo modo.

—Ah, pero mi hija es una Courtney, y nunca hemos sido capaces de vivir a la altura de ideales tan elevados. O triunfamos o es un desastre.

—Bueno, esa no es una forma muy británica de ver las cosas, debo decir.

León sonrió.

—En muchos sentidos, no somos muy británicos que digamos. Además, ese poema que estabas citando, «Si...»

—Absolutamente, ese es.

—Según recuerdo, Kipling lo escribió para su hijo, quien murió en la guerra, pobre muchacho.

—Creo que así fue, sí, algo terrible.

—Y el asunto de todo esto se resume en la línea final que es, si la memoria no me engaña: «Y, lo que es más, serás un hombre, hijo mío».

—Muy cierto, un muy buen consejo, también.

—Sí, para un niño lo es. Pero Saffron es mi hija. Ella es una niña. Y ni siquiera Rudyard Kipling la va a convertir en un hombre.

* * *